

NOTAS TEOLÓGICO-PASTORALES SOBRE EL MINISTERIO ORDENADO Una perspectiva desde América Latina

Dr. Gabriel Seguí i Trobat

INTRODUCCIÓN

Presentamos en este trabajo dos aspectos complementarios de la teología del ministerio ordenado: a) el origen trinitario y eclesial del ministerio; y b) los rasgos específicos de la teología y de la espiritualidad del ministerio en la realidad latinoamericana. De este modo, aparece claramente la densidad teológico-pastoral de la andadura particular de los pastores latinoamericanos en su acompañamiento del “pueblo crucificado” (Ellacuría).

El estilo pastoral latinoamericano no consiste en la celebración descuidada de los sacramentos, en nombre de una pretendida liturgia popular, ni en la conculcación sistemática de la disciplina canónica. Las características distintivas de los ministros ordenados latinoamericanos han sido: hacerse cargo de su pueblo en la desgracia, alzar la voz para predicar la liberación integral de la persona humana, y exponerse hasta derramar la sangre por esta causa. Y esto gracias a su profunda experiencia del Dios vivo, que los cristianos confesamos como Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Sin duda, la celebración en ambientes populares reclama un estilo litúrgico más simple y cercano a la realidad de los fieles¹. También es cierto que hay que buscar una interpretación del derecho eclesial lo más benévola posible, con prudencia pastoral, y recurriendo a la epiqueya en casos concretos. No obstante, la comunión eclesial, que consiste fundamentalmente en el amor, la compasión y el acompañamiento mutuos, es siempre el horizonte de la praxis ministerial, y se expresa también en la unidad de culto y de disciplina. Lo demuestra la actuación de los grandes pastores latinoamericanos, como santo Toribio de Mogrovejo. No todo puede hacerse en nombre de los pobres y del pueblo.

El presente trabajo está basado, en gran parte, en mi experiencia ministerial en el barrio 22 de Enero, un asentamiento del conurbano bonaerense, y en la Unidad 21 del Servicio Penitenciario Federal; es deudor también del desempeño pastoral de mis hermanos de congregación. Tengo el personal convencimiento de que la teología del ministerio ordenado es una teología *in fieri*, porque el pastor no “nace”, sino que “se hace” en el contacto vivo con su rebaño, en un mutuo conocimiento y amor (Jn 10,14). Por este mismo motivo, las figuras señeras de los ministros que se destacaron por su sacrificio apostólico en nuestro continente, siguen siendo luces para nosotros, al alba del tercer milenio, y la *orientación* de su vida ministerial es una estela que debemos seguir. Sin embargo, también debemos recrear su *actuación* concreta, en nuestra propia circunstancia histórica, que es distinta de la suya.

¹ El *Directorio para misas con grupos populares* de la Conferencia Nacional de Obispos del Brasil (1978) fue una interesante iniciativa, aunque fue prohibido por la Congregación del Culto Divino.

PRIMERA PARTE
EL ORIGEN TRINITARIO Y ECLESIAL DEL MINISTERIO ORDENADO²

1. La configuración trinitaria de los ministros ordenados tiene como raíz primera el bautismo. Esto no significa que el sacramento del orden se derive inmediatamente del bautismo, sino simplemente que lo supone. En este sentido, en la ordenación, por la anámnesis y la epiclesis de la plegaria de ordenación, precedida por la imposición de manos, se recibe una peculiar configuración trinitaria³. Al dar relevancia al conjunto de la plegaria trinitaria de ordenación, evitamos centrar exclusivamente la atención en las palabras exactas que dan validez al rito sacramental (la “forma” del sacramento). Esta mirada más global es un fruto del diálogo con el Oriente cristiano, familiarizado con la teología patrística. También redescubrimos el sesgo trinitario del sacramento, contenido en buena parte en la anámnesis, que narra la actuación del Padre y del Hijo en la historia de la salvación en relación con la ordenación.

Así, pues, la ordenación supone la reorientación definitiva del testimonio bautismal de Jesucristo, operando una conformación ontológica permanente (*carácter*) del ordenado a Él como Cabeza (*in persona Christi capitis*)⁴. Configurándose a Cristo, porque es el único Mediador (cfr. Hb 8,6), los ordenados son también testimonio, en virtud de la perijorésis trinitaria, de la acción del Padre y del Espíritu para la comunidad y en la comunidad, y para el mundo y en el mundo. La ordenación es el signo de que el Padre elige benévolamente al ordenado, sin merecerlo, y de que el Espíritu lo santifica para que sea un testigo significativo del Reino, cuya personificación es Cristo. La Trinidad, que transforma a los creyentes en testigos vivos del Reino, califica para ello con más intensidad a los ordenados por su carácter de pastores del Pueblo de Dios. Desde esta perspectiva, el Obispo, por estar investido de la plenitud del sacramento del orden, es, en la Iglesia local, el sacramento personal más denso de la Trinidad.

2. En la tradición eclesial, se han relacionado los tres grados del orden con las tres Personas de la Trinidad (Ignacio de Antioquía, Pseudo-Dionisio, etc.). Son explicaciones simbólicas -no analogías- que sirven para recalcar la raigambre trinitaria del ministerio ordenado. En realidad, cada grado del orden en particular lleva el sello trinitario. La peculiaridad de este sello viene dada por la distinta participación en la misión del Obispo, que es la

² cfr. A. TRIACCA, *Reflexión teológico-trinitaria sobre el ministerio ordenado*, en AA. VV., *Ministerio sacerdotal y Trinidad*. Salamanca 1998, pp. 149-182. Sobre la teología trinitaria con orientación latinoamericana: G. GUTIÉRREZ, *El Dios de la vida*. Salamanca 1994 (2ª); A. GONZÁLEZ, *Trinidad y liberación. La teología trinitaria considerada desde la perspectiva de la teología de la liberación*. El Salvador 1994; G. SEGUÍ, *La liturgia, obra de la Santísima Trinidad, en perspectiva latinoamericana*, en “Phase” 237-238 (mayo-agosto 2000), pp. 291-311.

³ JUAN PABLO II, exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, 12: “No se puede definir la naturaleza y la misión del sacerdocio ordenado si no es bajo este multiforme y rico conjunto de relaciones que brotan de la Santísima Trinidad y se prolongan en la comunión de la Iglesia, como signo e instrumento, en Cristo, de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”.

⁴ En cuanto a la dimensión cristológica del ministerio ordenado, impresionan las palabras del catequista de una pequeña comunidad rural salvadoreña, presentando al sacerdote que llegó para celebrar la eucaristía después de dos años sin poder hacerlo: “Hoy tenemos a Cristo hecho persona entre nosotros”; cfr. M. LÓPEZ VIGIL-J. SOBRINO, *La matanza de los pobres. Vida en medio de la muerte en El Salvador*. Madrid 1993 (2ª), p. 245.

máxima sacramentalización de la acción trinitaria en la comunidad, según la gracia singular (el don del Espíritu) recibida en cada grado del orden: el Espíritu de gobierno (episcopado), el Espíritu de cooperación y consejo (presbiterado) y el Espíritu de caridad ardiente (diaconado).

3. El ministro ordenado tiene una relación personal con la Trinidad, pero la tiene “en” la comunidad, porque ésta es “la muchedumbre reunida en la unidad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”⁵. Por eso, la comunidad, y de una manera especial, la liturgia, son los ámbitos de la experiencia trinitaria del ministro. Una expresión de esta inserción de las acciones trinitarias del ministro en la matriz eclesial son las fórmulas deprecativas de los sacramentos en la liturgia oriental. Si obviamos la vinculación eclesial del ministro, no discernimos el “Cuerpo del Señor” (cfr. 1Cor 11, 29), cayendo en el gnosticismo cristológico. Es el peligro de destacar unilateralmente en el ministro su representación cristológica (*in persona Christi*), olvidando que Cristo resucitado tiene, como Cuerpo, a la Iglesia. En este sentido, para elaborar una teología y una praxis ministerial coherente y en clave ecuménica, resulta imprescindible percibir y mantener la secuencia de este esquema: 1) Misterio trinitario (*sacramento originante*); 2) Iglesia-Trinidad (*sacramento original*); 3) Ministerios a imagen de la Trinidad (*sacramento resultante*). En efecto, el hecho de pasar directamente de la misión del Hijo a la misión de los ministros, como ha acontecido en Occidente durante muchos siglos, ha tenido como consecuencia el olvido de la dimensión trinitaria (especialmente el aspecto pneumatológico) y eclesial del ministerio ordenado⁶.

Por otra parte, en el seno de la Iglesia de la Trinidad, el ministro está destinado a servir a la diversidad de sus miembros, que es fruto de los carismas (acción del Espíritu), para dar testimonio del Reino (acción de Cristo), con un solo corazón (acción del Padre). La diversidad y la unidad de la Iglesia están directamente relacionadas con la implantación del proyecto trinitario del Reino, a cuyo servicio está el ministro. En efecto, la configuración trinitaria del ministro tiene como objeto primero la conformación de la Iglesia y del mundo a la forma trinitaria de relaciones⁷. La toma de conciencia de la hondura trinitaria de la Iglesia, que implica unidad en la diversidad, puede ser un medio privilegiado para evitar el clericalismo y el autoritarismo, dando valor al “sensus fidelium”, y también para superar la concepción de la Iglesia como “societas perfecta”, recuperando la de “communio sanctorum”. Paralelamente, el descubrimiento de la vocación trinitaria de la totalidad de la “profanidad” permite al ministro encarar la evangelización d’una manera mucho más dialogante y positiva, puesto que no trabaja en “tierra quemada”: la Trinidad ya ha impreso su imagen en el mundo, aunque esté velada.

4. Si el ministro se interioriza de la dinámica y del estilo de la Trinidad en la historia de la salvación, a ejemplo de la Trinidad, tendrá predilección por los pobres y los pequeños, por los dispersos y los excluidos, y su “metodología” será la misericordia y el perdón. Por tanto, su configuración existencial a la Trinidad no tiene por objeto acrecentar su poder, como si fuera la imagen y el representante, el virrey, de un Dios terrible que es Soberano. Al

⁵ CIPRIANO DE CARTAGO, *De oratione dominica* n. 23: PL 4, p. 553; cfr. LG 4b.

⁶ Sobre la dimensión pneumatológica y eclesial de los sacramentos en general, cfr. la reciente obra de J. M. ROVIRA BELLOSO, *Los Sacramentos, símbolos del Espíritu*. Barcelona 2001.

⁷ cfr. E. CAMBÓN, *La Trinidad, modelo social*. Madrid 2000.

contrario, su impronta trinitaria lo convierte definitivamente en “alguien-para-los demás” (kénosis), en un “extrovertido”, dador de vida a los que carecen de ella, a imitación de la Trinidad, que salió de sí (*Trinidad inmanente*), por pura bondad, creando el mundo e implicándose en su historia, para salvar lo que estaba perdido (*Trinidad económica*).

La causa última de esta “extroversión” del ministro ordenado es la alabanza y el abandono confiado a la Trinidad. Es la experiencia mística, cálida y suave, amorosa, del Dios que lo convierte en su profeta (cfr. Jr 1,4-10). Esta experiencia alcanza su cima en la doxología de la plegaria eucarística, en la que, en nombre de la comunidad reunida, el ministro ordenado (Obispo/presbíteros) ofrece el sacrificio salvador al Padre, por Cristo, en el Espíritu. Por este motivo, la eucaristía es la fuente primordial de la espiritualidad del ministro ordenado y la figura de su ministerio, incluido el diaconado.

5. Podemos afirmar, pues, que el ministro ordenado es por excelencia “el hombre de la Trinidad” para sí mismo y para ayudar a los demás, sean cristianos o no, a reconocer su propia imagen trinitaria. Su acción pastoral deberá respetar la imagen trinitaria de los demás, y también la metodología y la acción de la Trinidad en las personas, en la Iglesia y en el mundo. Así, por ejemplo, para el pastor:

a) La paciencia dejará de ser una estrategia o una pedagogía, para convertirse en una “espera vigiliar” de la manifestación de la Trinidad en la comunidad y en el mundo;

b) La fe de la gente será una explicitación, quizás ruda o poco tematizada, pero auténtica, de la experiencia del Padre que nunca abandona a su pueblo, del Hijo sufriente por amor, y del Espíritu que alienta y da vida;

c) La esperanza de los más pobres y de los excluidos, que frecuentemente parece tan irracional, aparecerá como el fruto de que ellos observan el crecimiento del Reino en mil detalles simples de su vida ordinaria;

d) La caridad y la solidaridad de los que poco o nada tienen, será la percepción de la oculta providencia del Padre, el tomarse en serio el mandamiento nuevo del amor del Hijo, y el secreto trabajo de unión de los corazones operado por el Espíritu.

SEGUNDA PARTE
NOTAS ESPECÍFICAS DE LA TEOLOGÍA Y LA ESPIRITUALIDAD
DEL MINISTERIO ORDENADO EN LA REALIDAD LATINOAMERICANA⁸

Las plegarias de ordenación del ritual del Vaticano II ofrecen una buena síntesis de la actual autoconciencia eclesial sobre la forma del ministerio ordenado. En esta síntesis, confluyen elementos de la concepción bíblica, patristica y medieval que el concilio Vaticano II intentó conjugar, con más o menos fortuna, pero que es preciso releer desde la particular experiencia latinoamericana, a fin de lograr una auténtica recepción de la teología conciliar⁹. En definitiva, se trata de profundizar la teología ministerial del Magisterio pastoral latinoamericano plasmada en los Documentos de Medellín, Puebla y Santo Domingo¹⁰.

La teología y la espiritualidad del ministerio en América Latina presentan ciertos rasgos originales, que dan un nuevo contenido a los datos fundamentales de la tradición mayor de la Iglesia.

⁸ Entre la escasa bibliografía latinoamericana sobre el ministerio, además de las valiosas reflexiones de las asambleas generales del CELAM de Medellín, Puebla y Santo Domingo, destacan los siguientes trabajos: A. GONZÁLEZ DORADO, *Sacerdotes dignos de crédito. Perspectiva latinoamericana*. Santander 1988; A. PARRA, *Ministerios laicales*, en I. ELLACURÍA-J. SOBRINO (dirs.), *Mysterium liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*. Vol. II. Madrid 1990, pp. 319-343; J. COMBLIN, *O futuro dos ministérios na Igreja Latinoamericana*. Petrópolis 1969; M. G. GONZÁLEZ, *¿Qué ministerio para cuál Iglesia? La experiencia de América Latina*. Bogotá 1990; AA. VV., *Ministerios eclesiales en América Latina*. Bogotá 1976. En torno a la teología latinoamericana, son útiles: J. I. GONZÁLEZ FAUS: *Hombres de la comunidad. Apuntes sobre el ministerio eclesial*. Santander 1989; J. M. CASTILLO, *Los ministerios en la Iglesia*. Madrid 1983; id., *Sacerdocio, episcopado y laicado*, en I. ELLACURÍA-J. SOBRINO (dirs.), *Mysterium liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*. Vol. II. Madrid 1990, pp. 295-317. En cambio, el estudio de R. SÁNCHEZ CHAMOSO, *Ministros de la Nueva Alianza. Teología del sacerdocio ministerial* (Santafé de Bogotá 1993), a pesar de la experiencia latinoamericana del autor y de ser publicado por el CELAM, refleja poco la experiencia ministerial de base de América Latina, aún siendo un buen libro de texto

⁹ Sobre las tendencias actuales de la teología del ministerio, S. DIANICH, *Teología del ministerio ordenado. Una comprensión eclesiológica*. Madrid 1988, pp. 83-124.

¹⁰ Citas del Magisterio pastoral latinoamericano: **DM** Documento de Medellín; **DP** Documento de Puebla; **DSD** Documento de Santo Domingo.

1. La elaboración a partir de la praxis ministerial: el testimonio de Obispos, Presbíteros y Diáconos latinoamericanos¹¹.

La reflexión teológica sobre el ministerio ordenado en América Latina no puede soslayar un dato de la realidad histórica: la persecución o la muerte, “in actu ministerii”, de numerosos pastores, desde los tiempos de la conquista española hasta nuestros días¹². Hay un auténtico “martirologio” de pastores latinoamericanos que han ejercido su ministerio regando con su sangre el “continente de la esperanza” (Juan Pablo II)¹³.

Desde esta praxis, la clave de la teología ministerial es la categoría de “martirio”, cuyo fundamento bíblico es la figura del pastor herido por defender a su rebaño (cfr. Jn 10), glosada por san Agustín en su homilía sobre el salmo 46¹⁴. Este martirio es más o menos cruento según el grado y la clase de violencia a la que está sometido el Pueblo de Dios. En el caso de Argentina y de otros países latinoamericanos donde actualmente no hay masacres sistemáticas ni la consiguiente persecución explícita de ministros ordenados, la categoría clave de la teología ministerial podría ser la de “acompañamiento martirial”. Este concepto sirve para interpretar el papel del pastor ante la “muerte temprana” (Bartolomé de Las Casas)¹⁵ de su rebaño por falta de las mínimas condiciones de vida (deficiente alimentación y atención sanitaria, desocupación, drogadicción, etc.).

En estas circunstancias, el ministro ordenado se siente también duramente golpeado, y a menudo impotente, por las inhumanas condiciones en que vive su pueblo, y se ve obligado

¹¹ Sobre pastores contemporáneos significativos en Argentina: **Libros:** M. E. HESAYNE, *Cartas por la vida*. Buenos Aires 1989; J. VERNAZZA, *Padre Mugica. Una vida para el pueblo*. Buenos Aires 1991; F. KOVACIC, *Así en la tierra. Una biografía de Enrique Angelelli*. Buenos Aires 1996; J. SAN SEBASTIÁN, *Don Jaime De Nevarés. Del Barrio Norte a la Patagonia*. Buenos Aires 1997; AA.VV., *Monseñor Gerardo Sueldo. Al servicio de los que tienen la vida y la fe amenazada*. Santiago del Estero 2001; J. M. POIRIER, *Jorge Novak: Iglesia y derechos humanos*. Buenos Aires 2002; E. DE LA SERNA, *Padre Obispo Jorge Novak. Amigo de los pobres, profeta de la esperanza*. Buenos Aires 2002. Para conocer otras experiencias episcopales latinoamericanas: CONFERENCIA EPISCOPAL DE GUATEMALA: *Monseñor Juan Gerardi: Testigo fiel de Dios, mártir de la verdad y de la paz*. Guatemala de la Asunción 1999; S. RUIZ, *Cómo me convirtieron los indígenas*. Bilbao 2003 **Artículos:** L. LIBERTI, *Monseñor Enrique Angelelli, Obispo de La Rioja. El corazón y el perfil de un profeta del Concilio Vaticano II*, en Proyecto 11 (enero-junio 2002), pp. 129-146; G. RAMOS, *El profético legado teológico-pastoral de Monseñor Gerardo Sueldo*, en Proyecto 11 (enero-junio 2002), pp. 232-243. Sobre el intento autóctono de un nuevo estilo de conducción eclesial: J. VERNAZZA, *Para comprender una vida con los pobres: los curas villeros*. Buenos Aires 1989; J. P. MARTÍN, *Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Un debate argentino*. Buenos Aires 1992; D. A. BRESCHI, *Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Documentos para la memoria histórica*. Buenos Aires 1994.

¹² Paradójicamente, en América Latina se ha dado la trágica circunstancia que los ministros ordenados han sido asesinados a mano o por instigación de cristianos, muchas veces invocando al Dios a quien esos pastores representaban.

¹³ M. MATTHEI, *Esbozo para un santoral latinoamericano*. Buenos Aires 1992. Podemos aplicar a la “nube de testigos” que ha pastoreado a los pueblos latinoamericanos las palabras con las que el P. Mattei se refiere a sus biografiados: “No fue un evangelio forzado el que inspiró a los hombres y mujeres cuyos retratos ensayamos, ni fue una tierra quemada la que rebasó en tanto fruto, ni escribieron sus vidas en la pretendida “tabula rasa”. Ellos, parafraseando a Pablo VI, ensayaron la síntesis entre lo antiguo y lo nuevo, lo europeo y lo americano, lo traído de allá y lo florecido acá, lo blanco y lo cobrizo, y manifestaron el mestizaje también en el espíritu, el evangelio inculturado en las Indias” (pp. 6-7).

¹⁴ SAN AGUSTÍN, *Sermo XLVI De pastoribus*: CCL 41, pp. 529-530.

¹⁵ cfr. *passim* G. GUTIÉRREZ, *En busca de los pobres de Jesucristo. El pensamiento de Bartolomé de Las Casas*. Salamanca 1993.

a redefinir el sentido de su ministerio. Las presiones que sufre por su inserción en el pueblo van configurando la espiritualidad de un “confesor de la fe”: las suspicacias de las fuerzas de seguridad cuando va a interceder por un detenido para que no lo maltraten, al visitar las cárceles, las reticencias de los propios hermanos, las admoniciones de los superiores sobre la necesaria prudencia en el hablar y en el hacer, etc. Dicho con palabras de Mons. Jorge Novak, para los ministros ordenados, “optar preferentemente por los pobres es sinónimo de: perder prestigio, compartir la inseguridad, privarse de amistades”.

No obstante, a la luz de la impronta trinitario-cristológica, es claramente insuficiente afirmar que el pastor padece y muere “por el pueblo” o “por los pobres”, como se dice a menudo. Es evidente la recta intención de estas afirmaciones, que pretenden expresar la solidaridad del ministro con la suerte de los débiles que tiene a su cargo. La muerte por amor hacia otro ser humano tiene, sin duda, una fuerte carga de humanidad y será reconocida por Dios como meritoria para la salvación. Sin embargo, en sentido propio, el ministro ordenado entrega la vida ante todo por causa de Dios y de Cristo, a quienes –eso sí- ha reconocido encarnado y presente en los hermanos, especialmente en los pobres y los sufrientes¹⁶: “Nosotros amamos porque Dios nos amó primero” (1Jn 4,19). Dios y Cristo nunca pierden su primacía, sólo ellos son objeto de adoración y Jesús es la “causa ejemplar” de todo martirio: “En esto hemos conocido el amor: en que él entregó su vida por nosotros. Por eso, también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos” (1Jn 3,16). Por tanto, es más exacto afirmar que el ministro muere por Dios a imitación de Cristo, cuyo “Rostro” ve en los “rostros” de los crucificados, de los pobres y del pueblo oprimido por males sin número¹⁷. De esta manera, se evita la interpretación meramente sociopolítica del martirio del pastor –no muere como militante de un partido político para defender sus ideales- y se resalta su genuina motivación teológica e incluso mística.

Por otra parte, la categoría clave de la espiritualidad sacerdotal es el “sacrificio”, cuyo fundamento bíblico es el sacrificio de Cristo (carta a los Hebreos), que es capaz de compadecerse de nuestros dolores porque los ha vivido en carne propia (cfr. Hb 2,17-18; 4,15-16). El concepto de “sacrificio” está en continuidad con aquel otro concepto tradicional, el de “abnegación”, tan sumamente fecundo, propio de la espiritualidad del pastor posttridentino, que definía la entrega total del pastor a su rebaño y constituía la base de su caridad pastoral. Se concretaba particularmente en la disponibilidad para la administración de los sacramentos, en la predicación y deber de residencia. En términos más actuales, el “sacrificio abnegado” se expresa en la disponibilidad absoluta, en la cercanía y la presencia constante del ministro junto a su pueblo, mediante la donación íntegra de su tiempo y de los fuerzas, y también de sus propios criterios y de su pensamiento¹⁸. La muerte de Mons. Romero en plena eucaristía, justamente cuando estaba a punto de presentar las ofrendas para realizar el sacrificio sacramental, es un icono acabado del sacrificio existencial del Pastor que lleva su abne-

¹⁶ Entonces sí que adquiere una honda significación lo que dice santo Tomás de Aquino sobre el martirio, ampliando su alcance: “Padece por Cristo no sólo quien padece por la fe en Cristo, sino también el que padece por cualquier obra de justicia” (*In epistola ad Romanos*, c. VIII, lect. 7).

¹⁷ Sobre el tema de los “rostros sufrientes” de Cristo en América Latina, cfr. DP 31-39.

¹⁸ “Es admirable y alentador comprobar el espíritu de sacrificio y abnegación con que muchos pastores ejercen su ministerio en servicio del Evangelio, sea en la predicación, sea en la celebración de los sacramentos o en la defensa de la dignidad humana, afrontando la soledad, el aislamiento, la incompreensión y, a veces, la persecución y la muerte” (DP 668).

gación ministerial hasta el don de la propia vida, mezclando su sangre con la del Cordero, después de toda una vida de acompañar a su rebaño a imitación del Señor¹⁹.

Tanto la categoría de “martirio” (teología) como la de “sacrificio” (espiritualidad) tienen como raíz la categoría de “*misericordia*”²⁰ en cuanto contenido concreto de la actuación de Dios en la historia. En efecto, asumiendo los sentimientos de Jesús, que sentía compasión por las multitudes que vagaban errantes sin pastor (cfr. Mt 9,36; Mc 6,34), los ministros latinoamericanos se disponen a dar la vida por su rebaño (martirio), gastando y desgastando su vida por ellas (espiritualidad). La compasión misericordiosa del ministro se traduce en ternura hacia personas concretas, puesto que, si no ama a “alguien”, no ama a nadie. Es una exigencia puramente antropológica que, para el ministro, adquiere valor de amor teologal: “¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, si no ama a su hermano, a quien ve? Él mismo nos ordenó: El que ame a Dios, ame también a su hermano” (1Jn 4,20b-21). Además, la desestructuración de las personas con que se topa el ministro en barrios marginales es tan profunda y la realidad tan compleja que, muy a menudo, la única respuesta del ministro a la problemática de las personas sólo puede ser la compasión solidaria, que intenta salvar lo que puede de la destrucción.

La misericordia a imitación del Corazón de Jesús es lo que distingue al pastor del líder político o del trabajador social, cuya legítima pretensión de transformar la realidad no incluye necesariamente el amor de oblación a la persona concreta, sino que prima ante todo la eficacia de su acción. En cambio, llevado de su misericordia, al pastor no le importa perder el tiempo y volver a empezar de vuelta su acompañamiento. Además, la eficacia de la acción evangelizadora depende realmente del Espíritu Santo; así, la importancia de la acción ministerial se mide más por su “significatividad” que por su “eficacia” entendida en sentido productivo. El ministro es, ante todo, un sacramento del amor del Dios vivo²¹.

El ejercicio pastoral del martirio y del sacrificio hunde sus raíces en la contemplación orante de la humanidad de Cristo, que culmina en la Pasión, resumen de toda su vida de entrega. Ciertamente, la condición orante del ministro alcanza su expresión máxima en la celebración de la eucaristía y de la Liturgia de las horas, que le fueron encargadas en su ordenación. Sin embargo, su oración también se expresará a menudo en los moldes de la oración del pueblo: el ángelus, el rosario, el viacrucis, unas prácticas devocionales aprendidas en la infancia que han ayudado a la gente a cultivar el gusto por la oración del corazón y le han transmitido la experiencia viva de Dios²².

¹⁹ “*Ir delante de las ovejas* significa estar atentos a los caminos por los que los fieles transitan, a fin de que, unidos por el Espíritu, den testimonio de la vida, los sufrimientos, la Muerte y la Resurrección de Jesucristo, quien, pobre entre los pobres, anunció que todos somos hijos de un mismo Padre y por consiguiente hermanos” (DP 682); “*Dar la vida* señala la medida del ministerio jerárquico y es la prueba del mayor amor; así lo vive Pablo, que muere todos los días (2Cor 4,11) en el cumplimiento de su ministerio” (DP 683).

²⁰ cfr. J. SOBRINO, *Hacia una determinación de la realidad sacerdotal. El servicio de acercamiento salvífico de Dios a los hombres*, en *El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*. Santander 1992, pp. 161-210.

²¹ J. VERNAZZA, *Padre Mugica*, p. 81: “Ahí está el papel fundamental del sacerdote, que es el que tiene que hacer patente a Cristo en medio de los hombres”.

²² cfr. DP 444; 469, sobre la religiosidad popular. También J. VERNAZZA, *Padre Mugica*, p. 114: “Rechazamos todo tipo de prácticas y creemos que vamos a expresar la religiosidad en la más íntima de las intimidades. Pero no somos ángeles y, si no expresamos nuestra religiosidad a través de cosas concretas, ésta se

Acompañando y participando en las manifestaciones de fe de su pueblo, el ministro ordenado latinoamericano descubre otro de los rasgos de su espiritualidad contemplativa: el amor a la Virgen²³. En América Latina, la espiritualidad mariana implica también hacer la experiencia viva de María de acompañar a su Hijo al pie de la cruz (cfr. Jn 19,25-27), personificado en el pueblo crucificado. Significa también la inculturación del Evangelio en las culturas indígenas allá donde perduren. Acá adquiere toda su densidad simbólica la imagen de la Virgen de Guadalupe, cuya cara tiene los rasgos del indio oprimido y cuyos vestidos reflejan todo su universo cultural despreciado.

El ministro ordenado, pues, llega a adquirir los rasgos de su pueblo, su mismo “color de la tierra”, como hizo nuestra Señora en Luján, Itatí, el Valle y en otros tantos lugares donde prendió la llama de la fe. Así podrá decir, con toda verdad, lo mismo que el negro Manuel: “De la Virgen soy nomás”. En Argentina, la espiritualidad mariana comprometida de los curas villeros tomó cuerpo en la peregrinación de los villeros a Luján, por más que, en su origen, esta acción pastoral estuviera condicionada por las circunstancias históricas, puesto que la Dictadura militar de entonces nunca se hubiera animado a prohibir una marcha religiosa.

En todo caso, sin una recia experiencia personal de Jesucristo en la oración, el ministerio se desvirtúa: el “martirio” se convierte meramente en “heroicidad” y, el “sacrificio”, en “esfuerzo”. En este sentido, son especialmente lúcidas las palabras de Mons. Giaquinta:

“Las Hermanas de la Virgen Niña me enseñaron a no avergonzarme de tener sentimientos espirituales y a decirle a Jesús: «Te amo», y a visitarle con frecuencia en la capilla. Un aspecto que hoy miro con preocupación es si en los Seminarios se educa a amar a la persona de Jesucristo. El apóstol san Pablo no tenía ningún empacho en confesar su amor, ni en proclamar el amor que Cristo le tenía: «me amó y se entregó a sí mismo por mí». ¿A qué se deben tantas crisis tempranas de jóvenes sacerdotes? ¿No será que están educados a amar al pobre, a defender la justicia social, a ser profetas que denuncian las injusticias, a «jugarse», pero tal vez nunca fueron educados a cultivar su amor a Cristo y a decirle: «Jesús, te amo»? ¿No será que llegan a creerse «Tarzanes» del Evangelio que lo pueden todo, hasta que un día caen agotados?»²⁴.

volatiliza. No rezamos el rosario porque es anacrónico, no rezo el breviario, no rezo la misa. Finalmente nada queda. El amor se expresa con gestos, como yo digo de la vida matrimonial [...]. Claro que a Dios no lo puedo ver ni agarrar, desde luego, pero si no tengo una relación íntima y profunda, personal (esto es lo revolucionario), con Cristo; si Él no es mi compañero de ruta, si Él no es mi verdadero y principal interlocutor, finalmente no lo voy a encontrar en nada”.

²³ “En nuestros pueblos, el Evangelio ha sido anunciado, presentando a la Virgen María como su realización más alta. Desde los orígenes –en su aparición y advocación de Guadalupe–, María constituyó el gran signo, de rostro maternal y misericordioso, de la cercanía del Padre y de Cristo con quienes ella nos invita a entrar en comunión. María fue también la voz que impulsó a la unión entre los hombres y los pueblos. Como el de Guadalupe, los otros santuarios marianos del continente son signos del encuentro de la fe de la Iglesia con la historia latinoamericana” (DP 283); “La espiritualidad ministerial común a todos los miembros de la Jerarquía debe centrarse en la Eucaristía y estar marcada por una auténtica devoción a la Santísima Virgen María, tan arraigada en el pueblo que evangelizamos y garantía de una permanente fidelidad, característica clave del evangelizador” (DP 700).

²⁴ C. J. GIAQUINTA, *Mis recuerdos del Seminario de Villa Devoto*, en A. MARINO- M. A. POLI (eds.),

La santidad sigue siendo el objetivo fundamental tanto del ministro como del Pueblo de Dios²⁵. Por eso, los grandes pastores latinoamericanos han sido también grandes místicos. La oración contemplativa desde la Pasión es una constante en la historia de la espiritualidad ministerial, aunque a veces en un sentido individualista, intimista y desencarnado, herencia de la “Devotio moderna”. La experiencia latinoamericana postula además una interpretación comunitaria: se contempla la Pasión del Señor historizada y actualizada en la “pasión” del Pueblo de Dios pobre. De hecho, los cantos del Siervo de Yahveh de Isaías son una personificación de los sufrimientos de todo el pueblo de Israel. Ahora bien, el ministro ordenado no puede llegar rectamente a esta “contemplación pastoral” si previamente no ha hecho carne propia la vida y la Pasión del Señor en la oración solitaria y escondida²⁶. Muchas veces, este contacto suave y personalizado con Jesucristo es su único apoyo y consuelo duraderos en el ejercicio del ministerio, y le recuerda que también él es discípulo.

Con su violenta muerte, o en su desgarrarse diario por la desgraciada suerte de su pueblo, los pastores latinoamericanos existencializan lo que expresaron sacramentalmente en la postración en el rito de su ordenación, cuyo significado es la entrega total a Dios y a los hermanos, con la ayuda y el acompañamiento de los santos y los mártires, que los precedieron en este camino (letanías de la ordenación). Esto fue rigurosamente real para Ignacio Ellacuría y sus compañeros mártires, que fueron ejecutados tendidos en el suelo, boca abajo.

Desde esta perspectiva, la simbología del ritual de ordenación cobra densidad vital. Para los Presbíteros, se cumple cabalmente lo que el Obispo les dijo al entregarles el cáliz y la patena: “Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”. También para los Diáconos que han muerto anunciando valerosamente la Palabra: “Recibe el Evangelio de Cristo del cual has sido constituido mensajero; convierte en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo, y cumple aquello que has enseñado”. Y los Obispos

Seminario Metropolitano de la Inmaculada Concepción 1622-1999. Apacienten el rebaño de Dios. Libro del Centenario del Seminario en Villa Devoto. Buenos Aires 1999, p.161. También, J. VERNAZZA, *Padre Mugica*, pp. 109 y 178.

²⁵ “Nos proponemos crecer en el testimonio de santidad de vida a la que estamos llamados, con la ayuda de los medios que ya tenemos en nuestras manos” (DSD 71b; cfr. DSD 70 y 31-32). Es también ilustrativo el equilibrado testimonio del P. Mugica: “El padre Castellani, cuando le preguntaron si en Buenos Aires había suficientes sacerdotes, dijo: «Faltan cien, pero sobran doscientos ...». Yo creo que faltan sacerdotes, pero lo más importante no es la cantidad sino que los que haya sean santos. Ése es el compromiso tremendo que tenemos que asumir nosotros. Si la santificación dependiera exclusivamente de nosotros, estaríamos listos, pero es Cristo quien nos llama a la santificación y nos ofrece toda su fuerza para eso. Por santificación entiendo una honda relación con Dios. El sacerdote no debe ser sociólogo ni político; debe ser un hombre de Dios, y esa profunda relación con Dios lo debe llevar a un real compromiso con el prójimo, con el pueblo, hasta las últimas consecuencias, hasta el sacrificio, el sufrimiento por el bienestar del pueblo. El sacerdote no puede ser indiferente ante el hambre ni el analfabetismo, ni ante ningún tipo de necesidad que experimente la persona, porque todo lo que sea ayudar a que el hombre sea hombre, es acercarlo a Dios”; citado por J. VERNAZZA, *Padre Mugica*, p. 176.

²⁶ “El presbítero es un hombre de Dios. Sólo puede ser profeta en la medida que ha hecho la experiencia del Dios vivo. Sólo esta experiencia lo hará portador de una Palabra poderosa para transformar la vida personal y social de acuerdo con el designio del Padre” (DP 693); “La oración en todas sus formas –y de manera especial la Liturgia de las Horas que le confía la Iglesia- ayudará a mantener esa experiencia de Dios que deberá compartir con sus hermanos” (DP 694).

martirizados llevan al extremo la relación sponsalicia con su grey, asumida al recibir el anillo, como Jesús, que llegó a dar la vida por ella (cfr. Ef 5,25-27): “Recibe este anillo, signo de fidelidad, y permanece fiel a la Iglesia, Esposa Santa de Dios”.

En síntesis, la teología latinoamericana tiene más en cuenta el testimonio histórico de los pastores que no la indagación de la ontología específica del ministerio ordenado, aunque sin descuidarla, so pena de diluir la relevancia del pastor en la comunidad.

2. La dependencia de una nueva imagen de Iglesia y de la revalorización del sacerdocio bautismal.

La Iglesia latinoamericana ha asumido su condición de Iglesia de los pobres²⁷, que es “sacramento histórico de liberación” (Ellacuría). Se trata de una relectura del concepto tradicional de Iglesia como “arca de la salvación”. Desde esta perspectiva, el sacerdocio bautismal se revela como fundamento objetivo del compromiso radical por el Reino, cuyo contenido es la liberación integral de los oprimidos (cfr. Lc 4,18-19).

En este contexto de redescubrimiento del valor y de la alteridad de los otros miembros de su comunidad, cuyos carismas provienen del Espíritu Santo, para el ministro “presidir” no significa “decir todo” y “hacer todo”. Su especificidad en el seno de la comunidad consiste más bien en “mandarse al frente de todo”: ser el primero en dar la vida, en hablar por los sin voz, en buscar al Dios viviente en la oración y la celebración, en no tener nada para sí, en dejar hablar y en saber escuchar, etc. De hecho, la “ejemplaridad” del ministro es la categoría clave de las intercesiones en las plegarias de ordenación. El ministro se impone por la “autoridad”, no por el “poder”. La autoridad está ligada al prestigio de la transparencia de vida y a la atracción que ésta ejerce sobre los demás, que convierten al pastor en punto de referencia de su propia existencia²⁸.

En América Latina, se verifica un desprendimiento de concepciones autoritarias seculares en el ejercicio del pastoreo, y se vislumbra un nuevo estilo de conducción de la comunidad más neotestamentario (cfr. 1Pe 5,1-4) y patristico²⁹. De todos modos, conviene dejar bien en claro que el ministro no es un mero coordinador ni un simple animador de la comunidad. En efecto, su misión no le viene de un don natural para el liderazgo, ni de un rol asignado por la comunidad, sino que es fruto de la acción soberana del Espíritu en la ordenación.

La compenetración teológica y vital del ministro con su comunidad³⁰, evita el desclasamiento social y el desgarramiento cultural de muchos pastores de sus propios orígenes. La “separación de entre los hombres” del ministro a causa de su elección divina, ha provocado, en muchas ocasiones, que el ministro se desentendiera de la suerte de su pueblo.

²⁷ cfr. DM n. 14, *Pobreza de la Iglesia*, especialmente los nn. 4-18.

²⁸ *Statuta Ecclesiae Antiqua*, ed. CH. MUNIER, c. 4: “El obispo tendrá su mobiliario y su mesa sencillos, y su sustento será pobre; la autoridad de su dignidad la buscará en la fidelidad a la predicación y en la ejemplaridad de su vida”.

²⁹ Es paradigmática la famosa afirmación de san Agustín; “Entre ustedes soy cristiano; para ustedes soy obispo”.

³⁰ “Conocer las ovejas y ser conocidos por ellas no se limita a saber las necesidades de los fieles. Conocer es involucrar el propio ser, amar como quien vino no a ser servido, sino a servir” (DP 684).

Incluso, esta insolidaridad se ha justificado como una virtud ascética para salvaguardar su singularidad en la comunidad. En cambio, la especificidad del ministerio ordenado en relación con el resto de dones carismáticos que se verifican en el interior de la comunidad, se descubre no en la separación física, mental y social del ministro respecto de su pueblo, sino en su acercamiento a sus propias raíces personales, en el asombro por el descubrimiento de los carismas comunitarios y en la progresiva integración creativa de estos en la dinámica eclesial.

3. La inserción del testimonio del pastor en el marco del testimonio martirial del Pueblo de Dios.

El martirio de los pastores es la consecuencia lógica de su solidaridad ministerial con el martirio de los fieles. Por eso, cobran especial relieve las siguientes palabras de Mons. Romero:

“Sería triste que, en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente, no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en el pueblo [...]. Quiero asegurarles a ustedes, y les pido oraciones para ser fiel a esta promesa, que no abandonaré a mi pueblo, sino que correré con él todos los riesgos que mi ministerio exige [...]. Como pastor estoy obligado a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun aquellos que vayan a asesinarme”³¹.

Es importante destacar que esta teología y espiritualidad de identificación hasta el extremo con la suerte del pueblo crucificado, no engendra una teología y una espiritualidad de la violencia o de la revolución, para justificar la consecución, por medio de la acción política o de la violencia, de lo que el ministro no puede lograr por la predicación de la Palabra, la presidencia de los sacramentos o el testimonio de vida³². Al contrario, sobre estas premisas, el único que derrama la sangre es el propio ministro, que muere perdonando a sus matadores y deseando la fecundidad pacificadora y regeneradora de su martirio. En efecto, así termina Mons. Romero el texto anteriormente citado:

“Si llegan a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la

³¹ Citado por J. JIMÉNEZ LIMÓN, *Sufrimiento, muerte, cruz y martirio*, en I. ELLACURÍA-J. SOBRINO, *Mysterium liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*. Vol. II. Madrid 1990, p. 493.

³² “Ante la deplorable realidad de violencia en América Latina, queremos pronunciarnos con claridad. La tortura física y psicológica, los secuestros, la persecución de disidentes políticos o de sospechosos y la exclusión de la vida pública por causa de las ideas, son siempre condenables. Si dichos crímenes son realizados por la autoridad encargada de tutelar el bien común, envilecen a quienes los practican, independientemente de las razones aducidas” (DP 531); “«Debemos decir y reafirmar que la violencia no es ni cristiana ni evangélica y que los cambios bruscos y violentos de las estructuras serán engañosos, ineficaces en sí mismos y ciertamente no conformes con la dignidad del pueblo» (Pablo VI, *Discurso de Bogotá*, 23-8-68). En efecto, «la Iglesia es consciente de que las mejores estructuras y los sistemas más idealizados se convierten pronto en inhumanos si las inclinaciones del hombre no son saneadas, si no hay conversión de corazón y de mente por parte de quienes viven en estas estructuras o las rigen» (EN 36) (DP 534). También el P. Mugica llegó a tomar distancia de los violentos: “Toda violencia es fruto del pecado del hombre, y un cristiano deberá siempre agotar las instancias pacíficas en la lucha por la liberación de su pueblo. El empleo de la defensa justa será siempre la última *ratio* cuando se han quemado todas las instancias –enseña santo Tomás– y aun entonces se la debe considerar como un mal menor”; citado por J. VERNAZZA, *Padre Mugica*, p. 139.

redención y resurrección de El Salvador. El martirio es una gracia que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad”.

Del mismo modo se expresa el P. Carlos Mugica, también asesinado por su coherencia ministerial:

“Nada ni nadie me impedirá servir a Jesucristo y a su Iglesia, luchando junto a los pobres por su liberación. Si el Señor me concede el privilegio, que no merezco, de perder la vida en esta empresa, estoy a su disposición”³³.

Efectivamente, la violencia no asegura por sí misma la instauración de la justicia. Esto no significa la ausencia de violencia interior ni de manifestaciones externas de rabia ante la descarada injusticia que padece la gente. Precisamente, éste es uno de los principales aspectos que el ministro tiene que elaborar, psicológica y espiritualmente, para alcanzar la mansedumbre del Buen Pastor.

4. El ecumenismo del dolor.

En el proceso pascual de liberación integral de los pobres, se descubre en el martirio de ministros y fieles de iglesias cristianas no-católicas una confesión común de fe en Jesucristo:

“La realidad de las luchas y persecuciones hermana en América Latina a muchas personas que, desde variadas posiciones religiosas, comparten, con el espíritu de las bienaventuranzas, la misma Causa de las víctimas, que es la Causa de Dios. *Los justos* que Jesús describe en la parábola del juicio final (Mt 25,31-46), actúan en nuestros países por encima de las fronteras religiosas. Los mártires de Guatemala y de toda América Latina nos invitan a los católicos a convertirnos a la verdadera *catolicidad* de la Iglesia, aquella que contemplamos en las bellísimas asambleas martiriales del Apocalipsis”³⁴.

Este hecho permite la relectura, desde el común martirio, de las diversas teologías del ministerio, y muestra el núcleo ontológico y existencial del ministerio: el testimonio vivo de Jesucristo ante el mundo. Si bien las Iglesias hemos discrepado en vida sobre la configuración del ministerio ordenado, hemos vivido en común la muerte (ecumenismo de sangre). Desde la praxis martirial, se reubican los elementos doctrinales discutidos, aunque sin minimizarlos, y son vistos bajo una nueva luz.

En este sentido, la celebración presidida por el papa Juan Pablo II en el Coliseo de Roma, durante el Jubileo del año 2000, fue un gesto auténticamente profético. Sin miedo a ser acusado de irenista, el Santo Padre hizo memoria de cristianos de todas las confesiones que, en el siglo XX, dieron la vida por el Señor:

“La preciosa herencia que estos valientes testigos nos han legado es un patrimonio

³³ J. VERNAZZA, *Padre Mugica*, pp. 35 y 141.

³⁴ cfr. MONS. JULIO CABRERA OVALLE, *Monseñor Juan Gerardi Conadera, profeta y mártir*, CONFERENCIA EPISCOPAL DE GUATEMALA, o.c., p. 219.

común de todas las Iglesias y de todas las Comunidades eclesiales. Es una herencia que habla con una voz más fuerte que la de los factores de división. El ecumenismo de los mártires y de los testigos de la fe es el más convincente; indica el camino de la unidad a los cristianos del siglo XXI. Es la herencia de la Cruz vivida a la luz de la Pascua”³⁵.

Muchos de estos mártires eran ministros ordenados y se leyeron textos suyos como recordatorio de su sacrificio. En su homilía, el Papa no sacó a colación las reticencias católicas sobre la validez del ministerio en las Iglesias y comunidades no católicas: destacó su testimonio vivo de Jesucristo, al mismo nivel que el de sus colegas católicos.

Además, ha habido no-creyentes que, desde diversas opciones políticas, han dado la vida por la justicia, ignorando que la daban por el Reino. Al compartir la muerte con los creyentes, se ha abierto un nuevo espacio de diálogo entre fe y secularidad, cuya autenticidad y hondura está garantizada por la sangre derramada. Desde esta perspectiva, el diálogo con los no-creyentes se desplaza desde los planteos metafísicos y antropológicos a la reflexión sobre la razón última que ha llevado a unos y a otros a dar la vida por los demás.

5. La eucaristía como expresión máxima del ministerio ordenado.

La tradición de la Iglesia ha ligado la presidencia de la eucaristía con la presidencia de la comunidad: quien está al frente de la comunidad, preside la eucaristía como expresión máxima de su ministerio³⁶. Siendo la eucaristía es la memoria de la Pasión del Señor³⁷, a imitación del Maestro, los Obispos y los Presbíteros están a la cabeza de la comunidad para morir por y con ella. De esta manera, su presidencia se traduce existencialmente en morir primero. Igualmente, los Diáconos, que han servido en la mesa del altar, muriendo, le recuerdan a la comunidad que el Hijo del hombre ha venido a servir y no a ser servido (Iglesia samaritana: Mt 20,28). Para los ordenados, pues, la eucaristía se prolonga naturalmente en la misión (teología del Vaticano II), en la que los Obispos y Presbíteros se destacan por la proclamación de la Palabra que denuncia el antirreino y, los Diáconos, por los gestos proféticos de kénosis.

Por otra parte, a partir de la eucaristía, el ministerio ordenado es signo de unidad de la comunidad (teología patrística), porque el Obispo da la vida acompañado solidariamente por sus Presbíteros y asistido por sus Diáconos y ministros, en presencia del pueblo. Así murieron, por ejemplo, en la Antigüedad, los Obispos Cipriano de Cartago y Fructuoso de Tarragona³⁸. De esta manera, señalan el camino que deberá seguir el resto de la comunidad,

³⁵ JUAN PABLO II, Homilía en el Coliseo de Roma, en la conmemoración ecuménica de los testigos de la fe del siglo XX (7-5-2000), n. 5. Traducción española en *Ecclesia* 2997 (20 de mayo de 2000), p. 775; cfr. también la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* n. 37.

³⁶ CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *El ministerio sacerdotal. Estudio bíblico-dogmático* (1969), n. 47: “Presidir la eucaristía con poderes especiales es una función esencial y específica del ministerio pastoral de la Iglesia que es ejercida sacerdotalmente, del mismo modo que Jesucristo se consuma también a sí mismo sacerdotalmente como pastor [...]. El desempeño del ministerio sacerdotal halla en la presidencia de la eucaristía el grado más denso de actualización”.

³⁷ JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, 41,1.

³⁸ cfr. D. RUIZ BUENO, *Actas de los mártires*. Madrid 1951: p. 760, n. VI (martirio de Cipriano); pp. 790-792, nn. III-IV (martirio de Fructuoso).

porque es el camino de Cristo:

“Mas como Cristo cumplió la redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia es llamada a seguir este mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación” (LG 8d).

Por tanto, el ministerio ordenado coopera a la unidad de la Iglesia no primariamente con el ejercicio del poder que legítimamente ha recibido, sino por la imitación existencial de lo que se opera en la eucaristía, que es el sacramento de la unidad de la Iglesia: la entrega del cuerpo y el derramamiento de la sangre como don inmerecido del Espíritu de Dios. A semejanza de Cristo, que con su sangre unificó a los dos pueblos que estaban separados (cfr. Ef 2,14-16), la sangre derramada de los pastores reúne las ovejas dispersas del aprisco. Cuando muere un pastor por su rebaño, en esa circunstancia actúa como nunca *in persona Christi e in persona ecclesiae*: muere como el Señor en nombre de la comunidad.

El servicio a la comunión eclesial no se realiza callándose ante los poderosos y sus secuaces. Nos lo recuerda san Gregorio Magno:

"Con frecuencia, acontece que hay prelados poco prudentes, que no se atreven a hablar con libertad por miedo de perder la estima de sus súbditos; con ello, como lo dice la Verdad, no cuidan de su grey con el interés de un verdadero pastor, sino a la manera de un mercenario, pues callar y disimular los defectos es lo mismo que huir cuando se acerca el lobo. Por eso el Señor reprende a estos prelados, llamándoles, por boca del profeta: «Perros mudos, incapaces de ladrar». Y también dice de ellos en otro lugar: «No acudieron a la brecha ni levantaron cerco en torno a la casa de Israel, para que resistiera en la batalla, en el día del Señor». Acudir a la brecha significa aquí oponerse a los grandes de este mundo, hablando con entera libertad para defender a la grey; y resistir en la batalla en el día del Señor es lo mismo que luchar por amor a la justicia contra los malos que acechan"³⁹.

Es cierto que la voz y la acción proféticas del pastor levantan ampollas, pero el ministro debe discernir quién protesta y por qué protesta, y a quién aprovecharía su silencio⁴⁰. Llama demasiado la atención el hecho de que, justo cuando los pastores empiezan a denunciar la suerte de su pueblo, se les acuse de azuzar el odio y de sembrar la división.

En este contexto, cobra un especial significado la concelebración con el Obispo: es gozosa y alentadora cuando éste y sus ministros están unidos en la defensa de los pobres; e hiriente e incluso escandalosa en caso contrario. En este sentido, es comprensible que, al asumir Mons. Romero el arzobispado, muchos sacerdotes salvadoreños, se plantearan si podían concelebrar con un Obispo que, hasta entonces, se había manifestado claramente en contra de la pastoral de liberación. En cualquier caso, es preciso mantener la concelebración con el Obispo, aunque sea como “minimum” de la unidad con él, con la esperanza de que,

³⁹ SAN GREGORIO MAGNO, *Regla pastoral*, libro II, cap. 4.

⁴⁰ En este sentido, dice el cardenal chileno Silva Enríquez respecto a las críticas que se le hacían en el seno de la dictadura militar de su país: “Las críticas, sí, me preocuparían, y me harían revisar mi actuación pastoral y mi función como obispo, si vinieran de aquellos seres que son los únicos privilegiados de su amor [de Cristo]: los pequeños, los pobres, los leprosos, los parias, las multitudes hambrientas y sedientas de justicia”; citado por J. VERNAZZA, *Padre Mugica*, p. 154.

desde este germen de unidad, se llegue a la plena unidad de vida y de opciones por la acción del Espíritu. Efectivamente, la unidad del clero, y de la Iglesia no es simplemente el fruto de pactos y acuerdos, por sinceros que sean, sino del sacrificio de Cristo y de la epiclesis pneumatológica pronunciada en la plegaria eucarística sobre la comunidad reunida.

6. El acercamiento a organizaciones cívicas intermedias.

La implicación ministerial en las estructuras de la sociedad civil es un modo concreto de diálogo, honesto y humilde, con el mundo, respetando la autonomía de aquellas, aunque siempre deben ofrecerse los valores evangélicos con toda claridad⁴¹. De esta forma, los ministros ordenados aprenden a identificar los rastros de la acción del Espíritu fuera de las fronteras visibles de la Iglesia y a reconocerlos como base del diálogo evangelizador.

Los ministros ordenados deben colaborar con las organizaciones populares sin ánimo de presidirlas ni aún de coordinarlas. La capitalidad del pastor en el interior de la comunidad cristiana no tiene correspondencia ni trasvase alguno en la sociedad. El liderazgo y el protagonismo de los pastores en este tipo de asociaciones afronta el riesgo de engendrar un nuevo clericalismo, que vuelva a someter al laicado a otra forma de dependencia respecto del clero más sutil y difícil de desenmascarar. Por tanto, en las asociaciones civiles, la ministerialidad se concreta normalmente en la legitimación del derecho de asociación, el asesoramiento, y en la defensa de los asociados y de sus dirigentes frente a los abusos de las autoridades. Si los pastores crean o impulsan la creación de nuevas asociaciones cívicas, deben aprender a abandonar su dirección efectiva cuando los laicos estén preparados para ejercerla. Por otra parte, cuando las organizaciones populares se desvían de sus fines legítimos, los ministros no pueden abdicar de su función crítica en bien del pueblo.

Respecto a las estructuras más netamente partidarias, es iluminadora la opinión de Mons. Romero y de Mons. Rivera sobre el papel de los sacerdotes:

“Es comprensible que cuando se les pida, colaboren en orientar cristianamente la dirección de actividades políticas de los cristianos en favor de la justicia. Pero es nuestro deber recordarles y pedirles que, en cualquier trabajo sacerdotal, en cualquier labor pastoral que les pidan las personas, partidos u organizaciones, tengan siempre, como primer objetivo, ser animadores y orientadores en la fe y en la justicia que la fe exige. Este es el servicio inapreciable, necesario e insustituible que podemos prestar al mundo [...] Lo que al sacerdote le toca es la animación que da el Espíritu del Señor, no una animación desencarnada ciertamente, pero auténtica animación en la fe. Al sacerdote corresponde principalmente mantener viva la norma evangélica de pensamiento y acción, recordar, como Jesús, en amor del Padre a los hombres y urgir el seguimiento de Jesús hacia la implantación del Reino entre los hombres”⁴².

⁴¹ “[El presbítero] como pastor que se empeña en la liberación integral de los pobres y de los oprimidos, obra siempre con criterios evangélicos. Cree en la fuerza del Espíritu para no caer en la tentación de hacerse líder político, dirigente social o funcionario de un poder temporal; esto le impedirá «ser signo y factor de unidad y de fraternidad» (Juan Pablo II, *Alocución Sacerdotes*, 8: AAS 71, p. 182)” (DP 696).

⁴² Carta pastoral conjunta *Iglesia y organizaciones políticas populares* (6 de agosto de 1978), Segunda parte, *Relaciones entre la Iglesia y las organizaciones populares*, sección II, n. 7.

7. La itinerancia como forma de ejercicio del ministerio.

La escasez crónica de pastores obliga a los ministros ordenados a atender simultáneamente a diversas comunidades, en ocasiones muy distanciadas entre sí, que no tienen la posibilidad de contar con un dirigente estable. Así, particularmente en zonas de guerra o asoladas periódicamente por la violencia, el ministro acompaña a su pueblo en éxodo, compartiendo la suerte de desplazados, exiliados y huidos a causa de la violencia de los poderosos. El ministro es un pastor que sigue a sus ovejas, no éstas a él. Es la experiencia del P. José Rutilio Sánchez en El Salvador:

“Como sacerdote mi papel es de peregrino. Camino cuanto puedo visitando las diferentes comunidades. Visito enfermos, celebramos la eucaristía. Gracias a Dios logramos obtener hostias y vino. Tengo un cáliz de madera güiligüiste hecho con arte popular. El Espíritu divino nos acompaña”⁴³.

Esta peregrinación del ministro de comunidad en comunidad, en la que el Espíritu es el guía, como en los Hechos de los Apóstoles, se asemeja a menudo a un viacrucis, aunque es el de todo un pueblo que, como el de Jesús, terminará en la resurrección. Recurrimos de vuelta al testimonio del P. Sánchez:

“Al igual que el pueblo de Yahvé aquí en El Salvador estamos escribiendo una gran Biblia. Tenemos todo en grande: grandes tristezas, inmensas alegrías, a veces una calamidad, invasión militar y hambre, pero nos acompañan héroes que defienden nuestras comunidades. Y sobre todo una gran fe, una inmensa fe que nos impide acostumbrarnos a la muerte, que nos llama a luchar por la vida y por la vida del futuro donde el Reino de Dios tendrá grandes posibilidades de cimentarse, donde los diez mandamientos, las catorce obras de misericordia y las ocho bienaventuranzas serán una realidad”⁴⁴.

Esta itinerancia pascual -pues está entreverada de muerte que genera vida-, implica una desestructuración respecto del modelo de ministerio postridentino, que ligaba el oficio pastoral a una comunidad determinada, de por vida, en virtud del sistema benefical. Efectivamente, la itinerancia obliga al ministro a la creatividad, fomenta la desinstalación y una vivencia más real de la pobreza evangélica y permite una mayor cercanía a la gente sedienta de la palabra del ministro y hambrienta de los sacramentos. Como aspectos negativos, para el ministro conlleva el riesgo de la dispersión y del rápido desgaste, y las comunidades pierden el don de la eucaristía dominical o frecuente, de manera que pelagra la identidad cristocéntrico-sacramental de la propia comunidad. La restauración del diaconado permanente, si bien ha permitido que muchas comunidades dispersas no carezcan en absoluto de dirigentes, no ha sido, ciertamente, la solución definitiva. Mucho menos lo ha sido el fomento de presidentes de asamblea, de delegados de la Palabra o de figuras equivalentes, a pesar de que es necesario que se creen nuevos ministerios para que los ministerios ordenados no queden aislados dentro de la comunidad⁴⁵.

⁴³ cfr. M. LÓPEZ VIGIL-J. SOBRINO, o.c., p. 332.

⁴⁴ cfr. ibidem, pp. 332-333.

⁴⁵ cfr. el testimonio de una comunidad salvadoreña referente a esta nueva creatividad ministerial: *La fe de un pueblo. Historia de una comunidad cristiana en El Salvador (1970-1980)*. San Salvador 1988.

CONCLUSIONES

1. La experiencia pastoral latinoamericana, marcada por la situación de injusticia, pobreza y explotación a la que está sometida gran parte de la población del continente, es la causa de que la teología del ministerio ordenado adquiera rasgos propios, sin separarse de la tradición común de la Iglesia, especialmente de la doctrina del concilio Vaticano II.

2. La principal nota distintiva de la acción teológico-pastoral del ministerio ordenado en América Latina es la capacidad teórico-práctica de “hacerse cargo” del sufrimiento del Pueblo de Dios hasta correr el riesgo de que el ministro vierta su propia sangre para dar testimonio de su compenetración con Cristo Buen Pastor y de su amor con su grey diezmada. Esta donación de la vida se enraíza en la contemplación orante de la acción de la Santísima Trinidad en el ser y en la vida del pastor, en la Iglesia y en el mundo, como liberación integral.

3. Por tanto, la teología ministerial no descansa sólo en el principio cristológico (el ministro ordenado como *alter Christus*), sino que toma como punto de partida la más original aportación del cristianismo: la concepción trinitaria de Dios. Así, pues, aunque en América Latina se elabora una teología ministerial más bien “desde abajo”, es decir, desde el ejercicio del ministerio, también se parte de una determinada idea de Dios: el Dios trinitario que escucha el clamor dolorido de su pueblo, tiene compasión de él y envía a liberarlo.

4. La actuación de los grandes pastores latinoamericanos es un “locus theologicus” privilegiado para la reflexión sobre el ministerio ordenado en Latinoamérica. Desde su praxis histórica, que deberá repensarse en el contexto actual y en cada lugar, la teología del ministerio se desarrolla a partir de la categoría de “martirio” o de “acompañamiento martirial”; y la espiritualidad ministerial desde las categorías de “sacrificio” y “compasión”.

5. En cuanto a la espiritualidad, importa mucho destacar la intensa experiencia orante del Dios vivo como requisito indispensable para que el ministro ordenado conserve su singularidad frente a los agentes sociales y políticos. Además, es preciso que el pastor conecte con las formas de oración del pueblo llano para poder compartir su experiencia de Dios.

6. Los ministros ordenados latinoamericanos se insertan en una Iglesia cuyo centro son los pobres, entendida como Pueblo de Dios y comunidad carismática. En su seno, son realmente miembros relevantes con una misión original, intransferible e insustituible, y no meros coordinadores ni animadores, puesto que han recibido un don especial del Espíritu en la ordenación. Sin embargo, los pastores de la comunidad se convierten en punto de referencia para ella no tanto por los poderes recibidos en la ordenación, sino por su estilo y coherencia de vida.

7. La defensa radical de la vida de los débiles a imitación del Señor abre nuevas perspectivas al diálogo ecuménico (ecumenismo del dolor), amplía las relaciones de los ministros con la sociedad civil y da un sesgo más existencial al diálogo con la increencia.